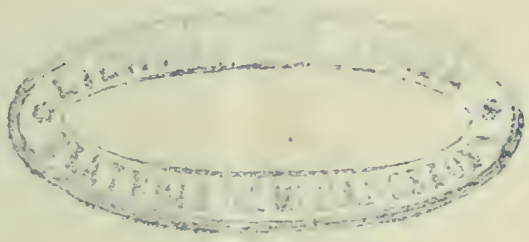
# EL AMOR DE LOS AMORES.



Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign

https://archive.org/details/elamordelosamore00unse

630-22

# EL AMOR DE LOS AMORES,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

J. C. RODRIGUEZ.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 14 de Enero de 1864, á beneficio del primer actor D. Juan Catalina.

---

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

| PERSONAJES. | ACTORES. |
| --- | --- |
| ERNESTINA | Doña Matilde Diez. |
| VICTORIA | Doña Rosa Tenorio. |
| DOÑA DAMIANA | Doña Emilia Dansan. |
| ROSALIA | Doña Emilia Pló. |
| EUGENIA (niña de seis años) | Doña Matilde Franco. |
| RICARDO | D. Manuel Catalina. |
| JACINTO | D. Juan Catalina. |
| UN CRIADO | D. Ramon Menor. |

La escena pasa en Madrid.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Juan Catalina, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con los que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada el Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

# ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Ricardo. Puertas al fondo y laterales. Chimenea á la izquierda. Ventana á la derecha. Muebles elegantes. Sobre un velador, una botella y vasos.

## ESCENA PRIMERA.

RICARDO, JACINTO, CRIADO.

Ricardo está sentado contemplando un medallon que tiene en la mano, y que guarda precipitadamente al ver al Criado.

CRIADO. El señor don Jacinto. (Anunciando en voz alta.)

JACINTO. No tan alto, querido, no tan alto. No son mas que las once, y vengo como si dijeramos de incógnito; de modo que no es necesario anunciarme como al embajador de Turquia. Tú has estado sirviendo en casa de algun noble de nuevo cuño, por fuerza... con decir: *El señor don Jacinto*... asi, ves? bajito, bastaba. Vaya, anda, anda con Dios. Buenos dias, Ricardo, estás solo?

RICARDO. Si.

JACINTO. ¿Y Ernestina?

RICARDO. Durmiendo. Ya ves, son las once: y salimos del baile de la duquesa á las cinco y cuarto.

JACINTO. ¡Cáspita!...

RICARDO. Ademas, Ernestina bailó toda la noche, como de costumbre, y es necesario que el sueño la devuelva las fuerzas perdidas en sus innumerables schottichs.

JACINTO. En fin, el caso es que duerme... tanto mejor; porque deseaba encontrarte solo para hablarte... Toca, querido cuñado, toca. ¿Tengo calentura, verdad?

RICARDO. ¡Calla! ¡Es cierto!... abrasa tu mano, y estás trastornado, ahora que te reparo... ¿Qué sucede? Alguna desgracia?

JACINTO. Cá; al contrario, querido mio, al contrario.

RICARDO. ¡Ah! vamos. ¡Me habias asustado!

JACINTO. La mayor felicidad... Pero déjame que tome aliento, porque has de saber que la alegria me ahoga... que me abrasa la... ¡Ah! Aqui hay agua. (Bebiendo agua.) ¡Uf! y es el cuarto desde que me levanté.

RICARDO. ¡Diablo! ¡Qué alegria tan incendiaria! Vamos, habla.

JACINTO. Querido Ricardo, tú eres mi cuñado.

RICARDO. Dí tu hermano.

JACINTO. Si, mi hermano, porque yo te quiero como á tal.

RICARDO. Y yo tambien; pero supongo que no será esa la causa de tu felicidad, ¿eh?

JACINTO. No, hombre, no: es otra nueva, flamantita, inédita, y.. estoy tan conmovido todavia, que... ¡Uf! ¡qué calor tengo! (Vuelve á beber.)

RICARDO. Y es el quinto.

JACINTO. Si, es verdad. Pues figúrate...—Querido Ricardo, hace cinco años largos que contrajiste matrimonio con la señorita doña Ernestina Melendez de Zarzablanca, y se cuentan seis meses desde que yo conseguí la mano de su hermana menor la señorita doña Victoria idem, idem...

RICARDO. Hija legítima y de legítimo matrimonio de don Juan y doña Dolores, naturales de Bribiesca, provincia de...

JACINTO. Vaya, ¿te burlas?

RICARDO. ¿Pues qué quieres que haga? Si lo que dices no tiene sentido comun. ¿Á qué vienen esos extremos? ¿Te ha caido la loteria? ¿Se ha muerto nuestro tio el de Matanzas? ¿Han subido las acciones de la Beneficiosa?

JACINTO. ¡Qué!... ¡Nada de eso! ¡Ni qué me importa!... Somos bastante ricos para no desear... Si es otra cosa... otra mas gorda... y cuando la sepas, estoy seguro de que bailarás como yo de alegria, aun cuando el asunto no te toque directamente... pero de fijo te pondrás tan contento como yo... y te... ¡uf!... ¡qué calor! (Bebe.)

RICARDO. Si; pero de seguro no me preopinaré la hidropatia para

trauquilizarme. Mira que es el sexto.

JACINTO. Tienes razon: (Ricardo retira la botella sin que Jacinto lo vea.) continúo. Yo no sé qué ideas serian las tuyas cuando te casaste, pero yo me dije... Pues señor, si Dios me concede dos hijos, estoy contento. Dos hermosos niños que se parecerán toditos á su padre... digo no, á su madre... Mira, yo tengo mis razones para esperarlo asi. La primera, es que mi mujer es bonita como un ángel: la segunda...

RICARDO. Bien, bien: dejemos las otras á un lado, ya sabemos...

JACINTO. Bueno, dejémolas á un lado. Prosigo. Esto pensado, yo esperaba...

RICARDO. ¿Con paciencia?

JACINTO. No; ¡con impaciencia! Hace poco tiempo que creia ya ver... ¡pues! que me parecia... En fin, chico, hoy es un hecho cierto, auténtico, probado, asegurado y evidente como un despacho telegráfico... no, como un despacho, no; que podria ser desmentido mañana... como una noticia de *La Correspondencia.*

RICARDO. ¡Ya!

JACINTO. Es mi médico; el médico mismo, el que esta mañana me ha garantizado la realizacion de mis esperanzas. El médico, que es hombre muerto como me engañe... porque lo mato, lo mato sin remedio si de aqui á... Asi es que desde hace tres horas estoy loco, la alegria me trastorna, me abrasa, me... ¡Calla! ¿Y la botella? ¡Ah! ¡me la has quitado!

RICARDO. Si; porque quiero que te abrases, pero no que te ahogues.

JACINTO. ¿Conque qué te parece, eh? Me harás el favor de no decir nada á tu mujer, porque Victoria me lo ha prohibido terminantemente. Quiere reservarse el placer de darle tan agradable noticia. ¡y luego vendrá! Vaya, hemos tenido una cuestion por esto...

RICARDO. ¡Ah! ¿ya teneis cuestiones?

JACINTO. ¡Buf!... ¡Y si fuese esa sola!... Si las mujeres son los seres mas testarudos de la creacion. Veamos: tú serás juez, y me darás la razon, de seguro. En una casa como la mia; donde hay algunos negocios que dirigir, y una regular fortuna que administrar, ¿qué es lo primero que debe absorber la atencion?... ¿cuál debe ser el primer deseo? un hijo, ¿no es cierto?... Bueno que des-

pues venga la hija, esto justo y natural: pero el hijo antes de todo, ¿eh? ¿qué te parece?

RICARDO. Muy bien; pero...

JACINTO. ¡Ajá! ¡Ahí tienes mi opinion! ¡Lo mismo que tú! Pues mi señora esposa se empeña en lo contrario.

RICARDO. Pero, diablo, ¿piensas poder arreglar eso á tu gusto?

JACINTO. Supongo que no querrás que lo arregle á gusto de otro.

RICARDO. Claro es. Pero el hombre propone, y Dios dispone.

JACINTO. Ya lo sé. Pero Dios lo dispondrá así, estoy seguro. Mi mujer se lo pedirá... y Victoria es tan hermosa, tan buena, que el cielo no le negará esa gracia...

RICARDO. Vaya, en ese caso...

JACINTO. El chico lo primero. Es cosa convenida, irrevocable... y se llamará... ¡Ah! ¿querrás creer que la segunda cuestion ha versado sobre el nombre que ha de ponerse al chico?

RICARDO. ¿Ya reñis por eso?

JACINTO. Naturalmente: como que se empeña en que ha de llamarse Florestan... ¡Florestan!... un nombre de tenor de zarzuela ¡ó de primer mímico de un baile francés! ¡un nombre que se canta y se baila!... ¡Florestan!... ¡tan!... ¡tan!... ¡Florestan!... ¡tan!... ¡tan!... tarantan.

RICARDO. ¡Já! ¡já! ¡já!

JACINTO. ¡Ya ves! ¡Eso es ridículo! Cuánto mas vale Santiago ó Gumersindo, que son los que yo proponia... esto es mas serio y mas heróico! ¡Santiago, patron de España!... ó Gumersindo, rey de los... ¿de qué era rey san Gumersindo?

RICARDO. ¡Já, já!

JACINTO. ¡Es claro! Ponle acompañamiento de orquesta á Gumersindo, y verás como no suena.

RICARDO. Pero tú estás enteramente loco.

JACINTO. Si, chico; loco de alegria, de felicidad, de... tú sabes lo que es tener un chiquitin que... ¡Ah! Ricardo, amigo mio, ¡perdóname!... ¡Soy un miserable!...

RICARDO. ¿Por qué?

JACINTO. Mi alegria debe parecerte un sarcasmo, un insulto... un insulto, si; al padre que perdió á su hijo á los pocos meses de verle nacer... ¡Ah! ¡esto debe ser horrible!

RICARDO. ¡Horrible, si!

JACINTO. Y que despues de cinco años no ha tenido el consuelo

de poder estrechar otro entre sus brazos que compensase al menos la amargura sufrida!

RICARDO. ¡Tienes razon! ¡El cielo no ha querido concedernos este consuelo!

JACINTO. Vean ustedes; cinco años sin nada, y yo en poco mas de seis meses, dos.

RICARDO. ¿Cómo dos?

JACINTO. ¡No, si contaba ya la niña! quiero decir, uno... y otro que vendrá, de seguro; á menos que me suceda lo que á tí... lo que Dios no permita! ¡Cuando pienso algunas veces en que la pobre Ernestina...

RICARDO. ¡Ernestina! ¡Oh! ¡Dios es grande, hermano mio! Si no la hubiese concedido tan pronto el olvido y el consuelo, no sé qué hubiese sido de mi desgraciada esposa!

JACINTO. ¡Es verdad! Yo no os conocia entonces. Debió sufrir horriblemente.

RICARDO. ¡Temí que se volviera loca! Un niño tan hermoso, un ángel en quien tenia cifrada toda su dicha, su vida entera, y perderlo tan de pronto!... Afortunadamente aquello pasó, y hoy no piensa Ernestina mas que en bailes y distracciones; de tal modo, que mirándola yo alguna vez, me digo á mí mismo: «¿Es posible este cambio?... no existe ya en ella la fibra maternal?»

JACINTO. ¡Si, esa fibra que yo tengo aqui! Paternal, se entiende.

RICARDO. Esa última aspiracion del corazon de la mujer, que llena y santifica la segunda mitad de su vida, cuando no las mata.

JACINTO. ¡Cómo! ¿Qué dices? ¿Morir por ser madre?

RICARDO. No. Por no serlo. ¿Te acuerdas de Carolina Zaldivar?

JACINTO. ¿La mujer de Augusto? ¡Pobre muchacha!... Murió el verano pasado en Baden... á los veintiocho años, y sin que se haya sabido qué enfermedad...

RICARDO. ¿Sin que se haya sabido?... No. Esa es la historia que yo temia ver representada en mi pobre Ernestina: tambien Carolina habia perdido su hijo.

JACINTO. ¡Ah!

RICARDO. Esa es la historia de uno de esos dolores inmensos, de uno de esos martirios desconocidos, pero mas frecuentes que lo que creemos. Martirios que presenciamo sin comprenderlos, sin adivinarlos, porque las que los padecen sufren y callan. Nadie habia sorprendido

el secreto que la pobre Carolina guardaba obstinadamente, ni su mismo marido, ni los médicos que habian diagnosticado: «marasmo, consupcion.» Todo menos la verdadera enfermedad, y solo en el último momento se escapó de los labios de la pobre mártir aquel grito terrible que revelaba la causa de su tormento: «¡Mi hijo, Dios mio, mi hijo!» Entonces fué cuando se supo que moria de pena!

JACINTO. ¡Ah! ¿Dónde está la botella?... Mira, te suplico que cambiemos de conversacion. ¡Si Ernestina!...

RICARDO. ¡Oh! No temas nada por ella. Hoy es la primera para acudir á un baile, y la última para retirarse. Lo cual, como tú comprenderás, no es muy cómodo para mí, que no bailo.

JACINTO. Eso me tranquiliza en cuanto á mi cuñada, pero en cuanto á tí... Vamos á ver, Ricardo, entre amigos, entre hermanos se puede decir todo. No sientes alguna vez en el fondo del corazon...

RICARDO. ¿Eh?

JACINTO. En teoria, se entiende, porque tú no puedes tener como yo la práctica; lo feliz que serias teniendo sobre tus rodillas un muchachazo gordiflon y coloradote ó una nenita muy blanca y muy sonrosada.

RICARDO. ¿Como esta? (Sacando el medallon.)

JACINTO. ¿Eh? ¿Qué es eso? (Retrocede asustado )

RICARDO. ¡Chit!... ¿Quieres callarte? Esto es la felicidad!

JACINTO. ¡Ya! ¿Un recuerdo... del pasado?

RICARDO. Si.

JACINTO. ¿Pero recuerdo vivo?

RICARDO. ¡Oh! ¿Crees que despues de perder á mi hijo existiria yo si esto no viviese?

JACINTO. ¿Es decir que tienes?...

RICARDO. ¡Chist!... mi mujer... Ni una palabra.

JACINTO. ¿Quieres callar? ¡Vaya!...

## ESCENA II.

RICARDO, JACINTO, ERNESTINA.

ERNEST. ¿Ricardo?... ¡Ah! ¿Estabas ahí, Jacinto? Buenos dias. ¿Y mi hermana?

JACINTO. Muy bien, muy bien, como que... ¡Ah! (Tapándose la

boca.)

ERNEST. ¿Qué?

JACINTO. Nada, nada.

ERNEST. Me sorprendes de bata. Acabo de levantarme. Á las doce y media. Es vergonzoso, ¿verdad?

JACINTO. ¿Y por qué? Cuando se acuesta uno á las seis, aun es bien temprano las doce. Por lo demas, tranquilízate; de bata y á las doce estás tan encantadora como siempre.

ERNEST. El baile estuvo magnífico.

JACINTO. Si; me lo ha dicho mi vecina la baronesa del Olmo, que tuvo que retirarse á las dos por mas señas.

ERNEST. Es verdad que apenas la vimos. ¿Se puso mala?

JACINTO. No; pero fueron á avisarla que su hija menor, Juanita, estaba inquieta; la denticion. Yo en cuanto la ví esta mañana lo dije... Como ya soy práctico...

ERNEST. ¿Tú?

JACINTO. Por aficion solamente.

ERNESN. Pues hizo mal en marcharse tan pronto. Precisamente era la hora de gozar; hasta las dos los salones estaban frios, desanimados; aquello no era mas que una verdadera exhibicion; pero despues, ¡qué animacion, qué atractivo!... ¡Asi es que nosotros fuimos de los últimos!... ¿Y para qué abandonar el baile? ¿verdad, Ricardo?... Nosotros somos libres... no tenemos nadie que nos espere... no podiamos escuchar como la pobre baronesa el quejido lejano de su hija enferma, á través del ruido de la orquesta y de la algazara de los convidados. ¡Ah, lo que es yo me he divertido mucho, mucho! La baronesa habrá pasado en cambio una noche bien triste.

RICARDO. (¿Qué te decia yo?) (Ap. á Jacinto.)

JACINTO. (Pues señor, si eso es verdad, es la polka-mania lo que experimenta tu mujer.) ¿De modo que hoy piensas descansar?

ERNEST. ¿Descansar yo? ¿Aburrirme aqui metida? No, amigo mio. Hoy hay carreras de caballos en la Casa de Campo; ¿á qué hora?

RICARDO. Á las tres.

JACINTO. Y magníficas que serán, segun he oido. El sobrino de la condesa de Fuentenueva corre él mismo una yegua *pur-sang* magnífica. Queria llevar á todo trance á su

tia para que tuviese el gusto de presenciar cómo se rompe el bautismo su sobrino; pero ella no podia ir.

ERNEST. ¿No le gustan las carreras?

JACINTO. ¿Á quién? ¿á la condesa? ¡Uf! ¡es frenética!... Su espectáculo favorito es el circo de Ciniselli, donde está abonada siempre. Las piruetas de los clowns y los saltos de Bukingam dice que es lo mas instructivo que puede verse. Pero hoy dedica el dia á su hijo mayor, que tiene vacaciones en el colegio; y como al muchacho le agradan mas las comedias de magia que los brincos de los cuadrúpedos, cate usted á la pobre condesa sacrificada por esta tarde en Novedades.

ERNEST. ¡Qué lástima! Unas carreras tan magníficas... ¿Has mandado enganchar, Ricardo?

RICARDO. Hay tiempo de sobra. Iremos en el *breek* con cuatro caballos, ¿te parece?

ERNEST. Si; le guiaré yo. Voy á vestirme.

RICARDO. ¿Has visto qué cabeza? (Á Jacinto.)

ERNEST. ¿Vosotros vendreis? (Id.)

JACINTO. ¿En el *breek*? Mi mujer... ¡Dios me libre!

ERNEST. ¿Tan poca confianza tienes en mí? Gracias.

JACINTO. No, no es eso precisamente, sino que pienso quedarme en casa con Victoria.

ERNEST. ¡Antes delirabas por las carreras!

JACINTO. Cuando era muchacho soltero si. Pero hoy que soy ya padre de familia... quiero decir, un hombre casado y formal... Pues mientras te preparas voy á buscar á Victoria.

ERNEST. ¿No has dicho que iba á venir? Espérala aqui.

JACINTO. No, no; prefiero ir á buscarla. Es mejor que salga conmigo, apoyada en mi brazo...

ERNEST. ¿Por qué?

JACINTO. Hija, porque mi berlina tiene el estribo muy alto, y es fácil escurrirse al subir... y luego han dado en poner en todas las escaleras ese maldito mármol tan lisito y tan resbaladizo, que con la mayor facilidad se vá un pie y pataplum... sucede un fracaso donde uno menos se piensa.

ERNEST. ¡Calla! ¡Qué cuidado tan esquisito prodigas á tu consorte! No se quejará la picarilla Victoria.

JACINTO. Si es que... (Á una mirada de Ricardo se pone el sombrero y se marcha.) ¡Hasta despues!

RICARDO. Jacinto, espera. Voy contigo... ¡Anda! ya está en la calle de Alcalá lo menos.

## ESCENA III.

RICARDO, ERNESTINA.

ERNEST. ¿Vas á salir?

RICARDO. Un momento nada mas.

ERNEST. ¡Ah! ¡Es natural! (Reparando en el reloj.)

RICARDO. ¿Por qué dices eso?

ERNEST. Porque todos los dias sales á la una en punto, y no vuelves hasta las tres. ¿Te se figura que no lo he reparado?

RICARDO. Pues, hija, nada mas fácil que convencerte de lo equivocada que estás en tus observaciones. No salgo.

ERNEST. No, Ricardo; no hagas caso de mis tonterias... no vayas á creer que tengo celos... y sin embargo, si los tuviese...

RICARDO. Harias muy mal. Ya ves cómo respondo á tu queja antes de que la hayas presentado formalmente.

ERNEST. Y yo te creo, Ricardo mio... si: tengo confianza, mucha confianza en tí. Pero... ¿por qué siempre hay un pero terrible, acusador?

RICARDO. ¡Já, já, já! No le temo.

ERNEST. ¿No? Ahora lo veremos. Si yo estuviese celosa, no del presente, sino del pasado...

RICARDO. ¡Bah!

ERNEST. Si un vago é inexplicable presentimiento me inquietase, me atormentase al pensar cuál habrá sido tu historia en esos diez años que hay en la vida del hombre entre la universidad y el matrimonio... hum... si los solteros tuviesen *cartilla* como las criadas, qué pocos serian los que se casasen.

RICARDO. ¡Hija, entonces los viudos estarian en grande!

ERNEST. ¿Si, eh? ¿Conque es decir que tu hoja de servicios?...

RICARDO. Horrorosa, vida mia, atroz como la de casi todos los muchachos ricos y alegres.

ERNEST. Ya.

RICARDO. Pero bien, ¿y qué? Supongamos que yo haya sido un gran criminal... Me he acogido al indulto á tiempo, y no hay mas que decir; ya me hallo bajo el amparo de

san... ¡No lo digo! no lo digo.. Renuncio á la proteccion de ese santo, y me contento con la tuya, con la tuya, Ernestina mia, que eres la delicia de mi vida. ¿Qué mas puedes desear? ¿Qué te importa el pasado si yo te garantizo el presente y el porvenir?

ERNEST. Es verdad, Ricardo... ¿Qué importa el pasado?... Vete, amigo mio, no te detengas mas.

RICARDO. Estaré aqui dentro de una hora. ¡Ah! y de vuelta pasaré por casa de la baronesa del Olmo, á saber cómo está su hija.

ERNEST. ¡Su hija... si... es verdad!

RICARDO. ¿Qué tienes?

ERNEST. ¿Yo? nada. Voy á llamar á mi doncella para vestirme. Vé, Ricardo, vé.

RICARDO. ¿No quieres que vaya á preguntar?...

ERNEST. ¿Por esa pobre niña?... Es posible que pienses?...

RICARDO. ¡Ah! bien... Pues hasta luego.

## ESCENA IV.

ERNESTINA.

Apenas sale Ricardo, Ernestina se deja caer en un sillon, cubriéndose el rostro. Despues de un momento de silencio, se levanta y tira del cordon de la campanilla.

ERNEST. ¿Rosalia? Un traje, (Se presenta.) un sombrero... Voy á salir.

ROSALIA. ¿Qué vestido desea la señora?

ERNEST. Cualquiera.

ROSALIA. ¿Un sombrero blanco? ¿El de crespon con plumas?

ERNEST. No; ¡qué horror! ¡Pareceria una mamá que lleva sus niños al *parterre*! Un sombrero mas alegre... flores... (Váse Rosalia.) ó si no, ¡uno de crespon negro! Yo quisiera aturdirme... olvidar... y no puedo... (Sale Rosalia.)

ROSALIA. Antonio pregunta si ha de enganchar algun carruaje.

ERNEST. Si, el *breek* con las cuatro alazanas. Vamos á las carreras de caballos.

ROSALIA. ¿Vendrá tarde la señora?

ERNEST. Si; pasearemos despues en la Castellana; no vendremos hasta la hora de comer, y luego al teatro. Piensas tú que yo soy de las que abandonan el baile á las dos...

¡Déjame! (Váse Rosalia.) ¡Déjame! ¡Á las dos!... ¡ó es muy temprano ó tarde!.. En lugar de la baronesa, hubiese yo ido al baile! ¿Se vá á los bailes cuando se tiene un hijo enfermo? ¿Por ventura puede uno separarse de él ni un minuto siquiera? ¡Madre dichosa!... Madre (Con transicion violenta.) ingrata! Habia hecho el propósito de no pensar mas en esto, y no parece sino que Jacinto y mi marido tienen un placer en recordarme á cada instante... ¿Á qué hablar de madres y de niños enfermos delante de mí? De mí, que siempre tengo ante mis ojos la imágen de aquel desdichado ser que nació para morir conmigo... porque ¿acaso vivo yo desde entonces?... ¿Es esto vivir?... ¡Oh! ¡Dios mio!... ¿Cuándo volveré yo á ver á la luz de la lámpara, lejos del ruido de las fiestas, una pobre cuna como aquella, sobre la que me inclinaba yo, conteniendo el aliento? ¿Una frente blanca, cándida y pura, en la que depositaré con un beso mi alma entera? ¿Unos cabellos rubios, entre los que la mano se desliza dulce y ligera?... ¡Por qué, Dios mio, habeis encendido en mi pecho esta inmensa llama de ternura y de amor que me sofoca y me ahoga!... ¡Madres! Madres ingratas, que allá en el fondo de vuestro pensamiento decis: «Un hijo hoy, es un tormento mañana...» ¡Pues bien; yo acepto esos tormentos, esas inquietudes, esas agonias!... Yo acepto esas lágrimas vertidas sobre el pobre ángel postrado, porque me diré como me decia entonces: «Él sufre, y yo lloro... pero vive aun... vive, ¡y yo le amo!...» ¡Ah! ¡la pobre Carolina murió!... yo moriré tambien.

## ESCENA V.

ERNESTINA, VICTORIA, JACINTO, CRIADO.

CRIADO. El señor y la señora de Solana.

JACINTO. Mas alto, zamacuco, mas alto. Es mas de la una, y viene una señora... ¿Cuándo vas á aprender á distinguir? (El Criado se marcha. Durante este tiempo, Victoria ha ido á abrazar á su hermana. Jacinto llama al Criado.) ¿Eh? espera. ¿Dónde habeis encontrado este rinoceronte? No tiene el tacto, el instinto de las entonaciones convenientes.

ERNEST. Vamos, siéntate. (Á Victoria.)

JACINTO. No, en ese sillon, no... de ningun modo... En este sofá.

ERNEST. ¿Y qué mas dá?

VICT. ¡Pero si no quiero sentarme!... al contrario... Mira, (Al Criado.) que saquen todo lo que hay en la berlina, y tráelo aqui... Si; has de saber que no vengo solo á verte. Es una visita esta que tú no esperabas seguramente.

ERNEST. Si, ya me habia dicho Jacinto... y aunque te pasas á veces las semanas enteras sin venir...

VICT. Es que hoy se trata de un negocio de la mas alta imtancia...

ERNEST. ¡Hola!

VICT. Sobre el que vengo á consultarte.

ERNEST. ¡Bueno! ¿Y qué es ello? (Entra el Criado con varias cajas, y Jacinto las colaca sobre el velador. Vá á abrirlas y Victoria se lo impide.)

JACINTO. *Eco lo quá.*

ERNEST. ¿Compras que has hecho?

JACINTO. Si, algunas frioleras que faltaban para la...

VICT. ¡Quieto! He salido hoy temprano, y estoy corriendo hace dos horas.

JACINTO. Como que cuando fuí á buscarla ya no estaba en casa... Afortunadamente en seguida me figuré dónde habia ido, y me ha sido fácil encontrarla.

VICT. ¡Hija, he corrido la ceca y la meca para poder hallarlo todo! ¡Qué tiendas las de Madrid!... En fin, como que no he tenido tiempo de que me llevasen á casa á almorzar.

JACINTO. ¿Y estás en ayunas?... ¡imprudente! ¡Ay! Ernestina, por Dios, un bistefk, un poco de jamon...

VICT. No, déjalo; no tengo gana.

JACINTO. Á lo menos una copa de Jerez y unos bizcochos...

VICT. No quiero nada.

JACINTO. ¡Victoria, que vá á suceder una catástrofe!

VICT. ¡Déjame en paz!—Pues como te decia, estas tiendas de Madrid estan tan mal surtidas...

ERNEST. ¡Lenceria!... ¿Y qué puedes tú necesitar de eso?. . ¿Tú, que cuando te casaste llevabas ropa para veinte años?

VICT. Escucha...

JACINTO. Escucha.

VICT. Y ahora lo sabrás. He escogido lo mejorcito que habia, lo he hecho poner en estas cajas, y aqui tienes el objeto de esta solemne entrevista.

ERNEST. Vamos, algunos bordados maravillosos, ¿tal vez algun encaje?... Ya sabes que soy entendida: enséñame.

VICT. Pues mira. (Queriendo abrir una caja.)

JACINTO. No, poco á poco; permíteme... Yo soy inteligente en estos asuntos, y por consecuencia debo...

ERNEST. ¿Tú? ¿Tú eres inteligente?...

VICT. Pero...

JACINTO. ¡Déjame hacer! ¿Si creerás que no sé yo manejar esto? (Sin que Ernestina lo vea ha sacado de la caja un gorrito de niño, y se lo presenta dándole vueltas en la mano, como para redondearle. Victoria se lo quita, y arreglándole las cintas, se lo presenta á Ernestina, la cual dá un grito, y desde este momento permanece indiferente á todo, como preocupada.) Aqui hay algo; mira.

ERNEST. ¡Ah!

VICT. ¿Comprendes ahora, mi querida Ernestina? ¡Ah, abrázame!

JACINTO. Si, ¿comprendes ya nuestra alegria, nuestros trasportes de felicidad?

VICT. Ya ves, cintas rosa; yo no queria, pero mi marido se ha empeñado...

JACINTO. Y es natural. ¿No están mejor que azules, como tú decias?... En fin, no volvamos á empezar, porque no hacemos otra cosa que disputar todo el dia, y esto sucede, vaya si es extraordinario, precisamente desde que somos tan dichosos.

VICT. Pero es que tú...

JACINTO. No; tú. Ya es el color de las cintas, ya el nombre que se ha de poner al chico... Ahora mismo, en el carruaje, nos ocupábamos de su porvenir... porque ya es preciso ir pensando...

VICT. Eso si; y Jacinto queria...

JACINTO. No; eras tú la que querias que fuese militar... ¿Comprendes tú eso, querida hermana? ¿Qué ideas teneis las señoras? Y no es mas que por el uniforme... ¿Le quieres de coraceros?

VICT. Pues si, señor, y lo repito; mas vale eso, que no hacerlo académico como tú deseas... ¡Qué bonito! ¡Académico!

JACINTO. Pues ya se vé qué si. Una gran medalla aqui colgando... Convengo que el uniforme no es muy bonito que digamos... Pero demuestra talento, sabiduria... mientras que el otro... y luego es mas salutífero y conservador!... Vete á una compañia de seguros, y verás la diferencia que hacen de un académico á un coracero, ya verás...

VICT. Eso si.

JACINTO. Pues está dicho, Florestan será académico.

VICT. ¡Ah! ¿será Florestan?

JACINTO. ¿Qué? he dicho Florestan? En fin, qué remedio... si te empeñas... Pero siento perder á Santiago.

VICT. Y puede que no sea ni uno ni otro, porque si es ella... (Á Ernestina.) Tú, tú serás quien escoja el nombre. ¿Pero qué tiene? Jacinto, se pone mala.

JACINTO. ¡Es verdad! Y nosotros charlando, charlando sin reparar...

VICT. ¿Qué tienes?

ERNEST. Déjame.

VICT. ¡Cómo! ¡Dios mio!... ¿qué te he dicho para que asi te enfades?

ERNEST. ¡Lo que estás haciendo es muy cruel!

VICT. ¿Yo?

JACINTO. ¡Ella!

ERNEST. ¿Qué dirias, hermana, de un potentado que al pasar al lado de un infeliz pordiosero hiciese sonar el oro en su bolsillo para insultar su miseria? Pues eso es lo que acabas de hacer: ¡una crueldad!

VICT. ¡Ernestina!

JACINTO. ¡Ah! vamos; ¡ya comprendo!

EANEST. ¡Me haces mucho mal... déjame!

VICT. ¡Hermana mia! (Cayendo de rodillas.)

JACINTO. ¡Bueno! ¡Emociones fuertes en ese estado! ¡Por santa Teresa, no me comprometas, Victoria!

ERNEST. ¡Ah, pobre niña! (Levantando á Victoria.) ¡Perdona, perdóname! Soy yo la injusta, la cruel... ¡Pero soy tan desgraciada!... ¡Olvida mis palabras!... Yo amaré á tu hijo como si fuese mio. Llevará mi nombre, y no será tuyo, sino nuestro... si, si, mio... mio... delante de Dios!...

JACINTO. (¡Pobrecilla!... y Ricardo sin comprender nada...)

VICT. ¡Hermana mia! ¿Estás contenta? ¿me perdonas?

JACINTO. ¿Pero quereis concluir, desventuradas? ¡Basta de lágrimas!... ¿Te sientes mala, hija? ¿Llamo al médico?

VICT. No; estoy bien.

JACINTO. ¡Andad, andad allá dentro, que le den agua, un poco de azahar!... (¡Dios mio! ¿Si sucederá algo?... ¡Voy á mandar decir una misa á san Ramon Nonnato!)

ERNEST. ¡Con todo mi corazon!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

Una sala elegante, pero sencilla: puerta al fondo y laterales.

## ESCENA PRIMERA.

DOÑA DAMIANA y RICARDO.

Doña Damiana está sentada en un sillon y cose. Ricardo entra por la puerta izquierda, que deja abierta.

RICARDO. Buenos dias, doña Damiana.
DAMIANA. ¿Quién? ¡Ah! ¿es usted, don Ricardo?
RICARDO. ¿Cómo está?
DAMIANA. Muy bien, gracias á Dios; duerme el ángel mio... aunque ya es hora de vestirla, y voy con su permiso.
RICARDO. No; déjela usted, cuando ella se despierte entonces...
DAMIANA. Es que ya es tiempo... los niños no deben dormir tanto.
RICARDO. Al contrario, deben dormir todo lo que quieran; tiempo les queda despues para velar. Cuando se despierte la dice usted que estoy aqui.
DAMIANA. Y vendrá como un rayo. Porque es mas viva... mas... una pimienta... ¡ángel mio!
RICARDO. Bueno; ahora déjeme usted. (Váse Damiana.)

## ESCENA II.

RICARDO, JACINTO.

RICARDO. Entra. (Á la puerta izquierda.)
JACINTO. Ya estoy aqui. Y...
RICARDO. ¿Ella? está allí.
JACINTO. ¿Ella? ¡Ya! El medallon... ¿pero sola?...
RICARDO. ¿Cómo?
JACINTO. Digo que si sola.
RICARDO. ¿Y por qué lo preguntas?
JACINTO. Querido Ricardo; hace ocho dias me hiciste una confianza que me llenó de satisfaccion y de espanto. Tu mujer vino á interrumpirla y no pude enterarme bien de los pormenores. No te he vuelto á ver desde entonces, pero ansioso de salvarte del abismo, hoy que mi Victoria estaba un poco mas tranquila de sus nervios, aprovecho un momento disponible y voy á tu casa. Te interrogo, y por toda respuesta me conduces á esta calle; me haces subir, no la escalera principal de la casa, sino por esa excusada, y me encuentro en esta sala sin mas noticia que la de que: (Imitando á Ricardo.) «Ella está allí.» Comprende que la cosa es un poco oscura para que yo no me alarme.
RICARDO. ¿Pero de qué?
JACINTO. Escúchame aun, querido cuñado. Yo he tenido una juventud asi... un poco... no muy edificante, á decir verdad... los epítetos de mónstruo, sabandija, bandido, etc., han regalado mas de cuatro veces mis oidos... si, tenia yo fama en ciertas regiones, y era mas temido que la langosta! Pero hoy que estoy casado... hoy que soy padre de familia... ó casi, casi... la idea de engañar á mi mujer, de engañar á Victoria...
RICARDO. ¿Eh?
JACINTO. ¡Nunca! ¡nunca!
RICARDO. Si, vamos; ya comprendo la pregunta. ¿Está sola?... Pues bien; si, Jacinto; está sola.
JACINTO. ¡Ah! respiro. Enhorabuena; eso ya es otra cosa. ¿De manera que la madre?...
RICARDO. No ha conocido á su madre. ¡El mismo dia en que nació!...

JACINTO. Comprendo. (Dándole la mano.) ¡Pobre mujer!

RICARDO. Si, era una pobre y honrada jóven, créelo... que hubiera sido mi esposa si las preocupaciones y exigencias de mi familia no lo hubiesen impedido. Cuando fuí dueño de mis acciones. . ¡ya era tarde!

JACINTO. ¡Ya!

RICARDO. ¡Desgraciada! En el momento de separarse para siempre de mí y de nuestra hija, levantó su mano, moribunda, me señaló la niña que acababa de nacer, y lanzándome una mirada que yo comprendí, tornó á caer lívida y desfallecida... Aquella mirada, que jamás he podido olvidar, era la expresion íntima de su postrer deseo, era la primera y la última súplica que me dirigia!

JACINTO. ¿Cómo?

RICARDO. Si; y aquel deseo, mas para su hija que para ella... que no era otra cosa que una reparacion, un nombre, yo le he cumplido; se lo he dado.

JACINTO. ¡Bien!

RICARDO. ¿Y si no lo hubiese hecho asi, crees que hubiera podido vivir tranquilo? Adios gracias los remordimientos hoy no me atormentan, y veo crecer á mi hija honrada y sin mancha.

JACINTO. Bien, ¿y todo eso fué?...

RICARDO. Un año antes de mi matrimonio con Ernestina.

JACINTO. Bravo, ¡Ricardo! ¡eres un hombre de bien!

RICARDO. Y ahí tienes, amigo mio, la causa de mi alegria al venir á esta casa, donde tengo á mi hija bajo de la salvaguardia de una antigua y leal sirvienta de la familia. ¡Ah! si tú supieses qué dulces momentos paso al lado de este pobre ángel de mi vida, y qué tiernos recuerdos llevo conmigo al separarme de ella! Pero cuando entro en casa y me veo enfrente de Ernestina, no puedo menos de experimentar siempre un amargo remordimiento. Me parece que acabo de robarla una parte de mi cariño, y siento un pesar al ver que disfruto yo solo de una alegria de que ella no participa tambien. Esto hace, Jacinto, que mi amor á Ernestina se acrecienta cada dia.

JACINTO. Es verdad: tu infeliz esposa... ¿Quién sabe si será mas digna de compasion de lo que tú crees?

RICARDO. ¿Ella?... ¡Oh!! Y á propósito, ¿tú no la has visto hace

dias?

JACINTO. Siete ú ocho.

RICARDO. Pues, hijo, ha habido un cambio prodigioso en sus costumbres.

JACINTO. ¿Si?

RICARDO. Una revolucion. Ha rehusado tres invitaciones de baile.

JACINTO. ¡Demonio!

RICARDO. Ha mandado á la modista que suspenda dos trajes que tenia entre manos.

JACINTO. ¡Uf!!

RICARDO. Y ha cedido el palco del Teatro Real á su prima Dorotea.

JACINTO. Eso vá formal entonces.

RICARDO. Figúrate.

JACINTO. Es en efecto una verdadera revolucion increible, inusitada y extraordinaria.

RICARDO. Ya lo creo.

JACINTO. Pero de la que no debes quejarte, porque te proporcionará no pocas economias.

RICARDO. Eso era lo natural. ¡Pues asómbrate! Esta mañana, que como primero de mes arreglabamos cuentas y la entregaba su pension de tocador, en lugar de proponerme disminucion alguna, como sucede en todos los presupuestos conocidos...

JACINTO. ¡Hum!

RICARDO. ¡Me ha pedido un crédito supletorio!

JACINTO. ¿Y con qué objeto? Porque reducidos los gastos de esa manera, y no saliendo de casa...

RICARDO. Pues ese es el caso, que sale; y hé ahí lo que yo no me explico. Porque pienso algunas veces que si mi mujer tuviese algun disgusto, alguna honda pena, tal vez... en fin, recuerdos, que yo mismo no he podido desechar aun...

JACINTO. ¡Hum! ¡hum!

RICARDO. Creeria que los bailes y las diversiones no habian tenido hasta aqui otro objeto que aturdirse y buscar distraccion...

JACINTO. ¿Quién sabe?

RICARDO. Y que no encontrándola trata de hallar otro *derivativo*, como dice mi médico... pero yo me hubiese apercibido de ello, estoy seguro.

JACINTO. ¿Si, eh?... ¡Ay, querido Ricardo, hasta dónde conduce

la ceguedad humana! No te he visto en estos dias, porque temí renovar escenas que han estado á punto de comprometer mi existencia.

RICARDO. ¿Cómo?

JACINTO. Voy á contarte una que aconteció el último dia que estuvimos en tu casa, y que te probará plenamente que lo qué tu mujer padece no es mas que un...

RICARDO. ¡Silencio! Mira...

JACINTO. ¿Viene el medallon?

RICARDO. Ahí está.

## ESCENA III.

DICHOS, EUGENIA, DOÑA DAMIANA.

EUGENIA. (Corriendo hácia Ricardo.) Buenos dias, papá.

RICARDO. (Cogiéndola y besándola.) Buenos dias, Eugenia mia.

JACINTO. ¡Qué mona!

EUGENIA. ¡Calla! ¿Quién es este caballero? Yo no le he visto nunca.

RICARDO. Es un amigo mio.

EUGENIA. Pues ahí vá mi mano. (Dándole la mano.) Tambien yo lo soy suya, porque los amigos de papá lo son mios.

JACINTO. Pues dame un beso, hermosa.

EUGENIA. ¡Ahí vá!... y eso que no me gustan mucho los caballeros.

JACINTO. ¡Hola!

EUGENIA. Mas quisiera...

RICARDO. ¿Qué?

EUGENIA. (Variando de tono y cogiendo á Ricardo por la barba para que la mire.) Dime, papá, ¿es hoy cuando vá á venir mamá?

JACINTO. ¡Heim! (Sorprendido y retrocediendo.) ¿qué dice?

RICARDO. Mira, (Dándole una caja de dulces.) mira lo que te traigo.

EUGENIA. Si, pero (Sin mirar la caja.) no me respondes. Tengo tantas ganas de ver á mamá... Me fastidio tanto aqui sola

DAMIANA. ¡Niña!

EUGENIA. ¡Hum! ¡ya está gruñendo! porque hablo de mamá. (Á Ricardo, acariciándole.) ¡Es lo mas gruñona! si vieres, papaito!

RICARDO. ¡Oh! ¡pero te quiere mucho!

EUGENIA. Si... ¿No tanto como tú, verdad?

RICARDO. Hija mia, vaya, vé á ofrecer un dulce á tu aya.

EUGENIA. Ya lo creo. ¡Y qué caja tan bonita! Mira, mira. (Á Da-

miana.) La guardaré con las otras en mi cómoda... ¡toma! ¡toma!

JACINTO. (¿Pero qué es lo que dice?) (Á Ricardo.)

RICARDO. (¡La primera palabra que esta niña pronunció formulando su primer pensamiento, fué una de esas preguntas terribles que desconciertan. Nos dijo que por qué no tenia ella madre como las otras niñas... Entonces se la dijo... su aya y yo mismo, yo mismo tambien... ya se vé, nos aturdió de tal modo la pregunta, que creimos hacer bien y la dijimos: «Tu madre está ausente, pero ya volverá, y la verás entonces.» Ya acabas de oirla. ¿Es hoy cuando mamá vá á venir?)

EUGENIA. (Presentando la caja á Jacinto.) ¿Usted gusta, caballero?

JACINTO. Si me das uno tú misma...

EUGENIA. De buena gana. (Le pone un dulce en la boca. Jacinto la dá un beso en la mano.)

JACINTO. ¡Y toma tú!

EUGENIA. ¡Uy! que me has manchado la mano.

JACINTO. ¡Qué mona! ¡Qué mona es! Lo mismo, lo mismo será mi número dos... ven acá, chiquitina... No te muevas, que quiero mirarte bien... Déjate mirar, monina, asi, mucho tiempo... Yo tengo mis razones.

RICARDO. ¡Majadero! (Riendo.)

JACINTO. ¿Qué sabes tú? La poderosa fuerza de la imágen aqui. (Señalando la frente.) ¿No has visto el daguerreotipo?

RICARDO. ¡Eres un tonto! ¡Já, já!

EUGENIA. ¡Mira que me canso de mirarte tanto! ¿Me vas á retratar?

JACINTO. ¡Si, aqui, (Con la mano en el pecho.) en mi corazon, para no olvidarte nunca! ¡Ea! ya eres libre!

EUGENIA. Voy á guardar mi caja en la cómoda. En la mia, ¿oyes? en la mia. ¡Tengo mi llave! (Á Jacinto.)

DAMIANA. Vamos allá.

EUGENIA. No, no; yo quiero ir sola... no necesito de nadie, porque tengo mi llave. (Váse.)

JACINTO. Chico, es encantadora. (Contento.) ¡Con tal de que sea asi la mia! (¡Si la habré mirado bastante!) ¡Y qué bien alojada la tienes! (Mirando los muebles.) ¡Vaya! ¡una casa magnífica!

DAMIANA. ¡El señor don Ricardo es tan bueno!

RICARDO. ¡Bueno!... ¿para con mi hija?... ¿pudiera hacer menos por ella? Vaya, vaya. No olvide usted, doña Damiana,

que mañana son sus cumpleaños.

JACINTO. ¿De la chica?

RICARDO. Si; por eso nos vamos ahora. Yo corro á revolver todas las tiendas.

JACINTO. Y yo á comprarle á Scropp medio almacen. Esto me viene de molde para ensayarme en las sagradas funciones de la paternidad. Voy antes á mi casa á saber cómo sigue mi mujer. Hace mas de una hora que no la he visto. Despues volveré con la *Estrella del Norte* debajo del brazo. ¡Vamos! (Se dirige al foro, Ricardo le detiene.)

RICARDO. No, por la escalera principal no; por aqui.

JACINTO. ¡Ya! ¿La escalerilla excusada! ¡Esto me recuerda mis buenos tiempos; digo, no, los malos, los malos! (Vánse por la puerta izquierda.)

## ESCENA IV.

DOÑA DAMIANA.

¡El buen don Ricardo! ¡Cómo quiere á su hija! ¡Pobrecita! ¡Parte el corazon el oirla preguntar por su madre! ¿Su madre? Si, ya vendrá pronto la infeliz. ¡Calla! ¿Llaman á la puerta principal? ¿Quién es?

Llaman

ERNEST. La caridad, señora. (Dentro.)

DAMIANA. ¿Cómo? ¡Adelante!

f.d.

## ESCENA V.

DOÑA DAMIANA, ERNESTINA.

Doña Damiana abre la puerta del foro, por el que se vé la escalera de la casa y delante á Ernestina, acompañada de un lacayo, que queda fuera.

ERNEST. La caridad, señora, (Desde la puerta.) que viene de puerta en puerta pidiendo socorro para los niños huérfanos y desvalidos.

DAMIANA. ¡Una señora! Adelante. Tenga usted la bondad de sentarse.

ERNEST. Excúseme usted una emocion (Sentándose.) que no puedo dominar. Soy cuestadora de una asociacion de señoras benéficas, y estando encargada por primera vez de una

mision que no siempre ni en todas partes es bien recibida...

DAMIANA. Tranquilícese usted, señora, mi corazon me inclina siempre á hacer bien, aunque mis pobres facultades no me permitan dispensar todo el que yo quisiera.

ERNEST. Sin embargo, esta casa...

DAMIANA. No soy yo aqui la dueña... aunque nadie manda en ella mas que yo...

ERNEST. Es decir, que los señores...

DAMIANA. No los hay.

ERNEST. ¡Ah! (Suspensa.) Vengo de recorrer todos los cuartos de la casa, y en ellos he encontrado la acogida mas halagüeña.

DAMIANA. Aunque repito que yo no soy aqui el ama, como estoy segura de que no se ha de desaprobar nada de lo que haga, tengo una verdadera satisfaccion en asociarme á los actos caritativos de mis vecinos, y suplico á usted que acepte mi corto don para los pobres. (Poniendo dinero en la bolsa que trae Ernestina.) No la pregunto á usted su nombre, porque ya me ha dicho usted que se llama la caridad.

ERNST. Para los niños huérfanos y desvalidos.

DAMIANA. ¿Para los niños? ¡Ah! Perdone usted, entonces no he dado bastante. (Vá á dar mas y Ernestina la detiene vivamente.)

ERNEST. Permítame usted, señora, que sea yo la que doble su ofrenda asociándome una vez mas, con usted, á tan buena obra. (Pone dinero á la bolsa.) La caridad es productiva: aqui tiene usted su dinero que ha dado el ciento por ciento.

CAMIANA. (Enjugándose una lágrima.) ¡Pobrecitos niños!

ERNEST. ¡Ah! ¡señora; usted tambien quiere mucho á los niños! ¿No es verdad que si todas las miserias tienen derecho á nuestra piedad, la miseria de esos desdichados seres es la que mas la merece y la reclama? ¡Pobres ángeles! ¡muchas veces enfermos y sin amparo! ¡Cuántos se han visto morir abandonados! Pero hoy las puertas de nuestro establecimiento les estan abiertas como un hogar de familia: cuando una desdichada madre por acudir á ganar el sustento no puede cuidar de su hijo, en nnestra casa encuentra amparo y abrigo para él; cuando una pobre criatura se vé abandonada por una madre

sin entrañas, que tambien las hay, señora, hallan otras tantas, mas compasivas en nosotras, que nos disputamos el placer de cuidar á este, de abrigar á aquel... ¡Ah! es tan dulce ser madre, que ocupadas en tan tiernas tareas no parece sino que alguna vez el corazon se deja engañar y cree satisfecho ya su deseo.

DAMIANA. ¿Cómo, señora?

ERNEST. Es inútil ocultarlo; (Sonriendo tristemente.) hay alguna vez su parte de egoismo en la caridad.

DAMIANA. ¿Egoismo?

ERNEST. Si; mire usted, yo... tengo una amiga que sufria cruelmente de uno de esos martirios que devoran el corazon y minan poco á poco la existencia En vano buscaba en los placeres del baile, de las fiestas, en una vida agitada en fin, el alivio á sus dolores; todo era inútil. Entonces pensó que el remedio de sus males podria tal vez hallarlo en otra parte, y una dichosa inspiracion la indicó el camino que debia seguir... el camino era la caridad; hace poco tiempo que la ejerce, y ya hoy se encuentra resignada, casi tranquila: y ya no tiene miedo de estar sola y de pensar, porque sus actos benéficos de hoy y sus proyectos para mañana ocupan todo su pensamiento. ¡Oh!! ¡no, nos admireis tanto, señora Nosotras no damos mas que dinero, y recibimos en cambio felicidad: porque, sépalo usted, haciendo bien á los demas, es uno caritativo consigo msimo. ¡Adios! y mil gracias, señora.

## ESCENA VI.

DICHAS, EUGENIA.

Ernestina se ha levantado y se dirige lentamente al foro; al ruido que hace Eugenia se detiene, vuelve la cabeza y se para de repente.

EUGENIA. ¡Ven... ven! ¡Ah! ¡mamá! (Ve á Ernestina y se para, permanece un momento como sorprendida, duda, y al fin corre á echarse en sus brazos dando un grito.)

ERNEST. ¡Cielos!

EUGENIA. ¿Eres tú? ¿No es verdad, querida mamá que eres tú?

ERNEST. ¡Ah! ¡qué has dicho! (Cayendo de rodillas fuara de sí, y estrechando la niña entre sus brazos.) Repite, repite ese nombre.

(Movimiento de Eugenia.) ¡Ah! ¡te causo miedo, hija mia! porque lloro, porque tiemblo. Pero, mira, mira, ya me rio... me rio por tí... para tí... ¡Ah! ¡qué hermosa eres! ¿Cómo me has llamado? Repítelo...

EUGENIA. ¡Mamá!

ERNEST. Yo no sé lo que dice... (La coge la cabeza entre sus manos y la cubre de besos.) no comprendo nada... pero su voz, su acento me enloquece... Por compasion, ¡señora! dígame usted... No, no, yo no quiero saber nada... no me lo diga usted... ¡Hija mia! ¡hija mia! habla, habla, ¡no te asustes!

EUGENIA. ¡Si no me asusto! al contrario... me dá un gusto de verte al fin... ¡eres tan guapa!

ERNEST. ¡Esa voz! ¡esa voz!... yo la he oido antes... hija; ¡hija del alma! ¿pero dónde? ¿Cuándo?

EUGENIA. ¡Qué bonita joya! (Jugando con el medallon que Ernestina lleva al cuello, mientras que esta la cubre de besos.)

ERNEST. ¡Ah! ¡toma! ¡para tí! (Quitándosela y colgándola al cuello de Eugenia.)

EUGENIA. No, no; papá me ha prohibido tomar nada de nadie... ¡y aunque tú eres mamá!

DAMIANA. ¡Niña!

ERNEST. ¡Oh!! ¡déjela usted! ¡me hace tan dichosa!

EUGENIA. (¿Ves? (Ap. á Ernestina.) ¡ya me riñe! ¡tenia una gana de que vinieras! Mi aya no sabe hacer mas que gruñir.)

ERNEST. (¿Te trata mal?)

EUGENIA. (No: pero es tan fastidiosa... como todas las viejas, ¡mientras que tú eres tan buena!... ¡Te quiero tanto! como que te queria ya antes de que vinieras. Ya verás mis juguetes... papá me compra muchos... y jugarás conmigo á las muñecas, ¿verdad?)

ERNEST. ¡Pero qué es esto, Dios mio!

EUGENIA. ¡Qué bonito es! (Mirando el madallon.) ¡Pero eres tú mas (Acariciándola.) bonita, mamá!

ERNEST. ¡Oh! ¡calla! ¡calla! (Tapándola la boca.) ¡me matas!

DAMIAMA. ¡Señora!...

ERNEST. ¿Qué significa esto?... (Levantándose.) ¡Yo quisiera saberlo! Pronto, señora, explíqueme usted...

DAMIANA. Bien, bien; yo la diré á usted... pero no delante de ella...

ERNEST. Si.

DAMIANA. Vamos, ven, niña .. pase usted á ese gabinete, señora, se lo suplico á usted, aqui pudiera entrar alguien.

ERNEST. ¡Qué misterio!

DAMIANA. Mucho y ninguno; segun para quién; pero en fin, dígnese usted esperar ahí un momento... mientras llevo la niña allá dentro, y la explicaré á usted... Vamos, señorita.

EUGENIA. No, yo no quiero marcharme. Yo quiero quedarme con mi mamá.

DAMIANA. Si tu mamá se marcha tambien.

ERNEST. ¡Oh! ¡yo volveré, yo volveré!

EUGENIA. ¿Pronto? (Enviándola un beso.)

ERNEST. En seguida, hija mia. (Vuelve á besarla y entra en la puerta derecha.) ¡Ah!

EUGENIA. ¡Vaya, venir para marcharse tan pronto! ¡Mamá no me quiere!

DAMIANA. ¿Quieres callar, niña?... Vamos adentro.

EUGENIA. (Haciéndole un gesto gracioso.) Si, adentro, adentro... ¡Hum! méteme en un fanal para que no me quiebren.

## ESCENA VII.

DICHAS, RICARDO.

Al ir á entrar por la primera puerta de la derecha aparece por la izquierda.

RICARDO. Doña Damiana, ahí hay un mozo en el recibimiento que trae mis regalos para mañana... un carro de juguetes... Vaya usted á recogerlo todo y guardarlo hasta el momento.

DAMIANA. Pero, señor don Ricardo... (Confusa.)

RICARDO. (Tomando á su hija de la mano ) Vamos, vaya usted, que está esperando.

DAMIANA. Si es que tenia que decir á usted...

RICARDO. Bueno, luego; luego podrá usted decirme todo lo que quiera, vaya usted.

DAMIANA. (¡Ay, Dios mio!) (Se retira al foro.)

RICARDO. (Se sienta y toma á su hija entre sus rodillas.) No sabes, Eugenia mia... (Repara en el medallon; lo coge, lo examina y se levanta bruscamente.) ¿Quién ha estado aqui?

EUGENIA. ¡Mi mamá!

RICARDO. ¡Cómo!

DAMIANA. (Acercándose temblando.) ¡Ay, señor don Ricardo, bien decia yo á usted que tenia que decirle algo!

RICARDO. ¡Vamos! ¡Pronto!... ¿Quién ha estado aqui?

DAMIANA. Una señora.

RICARDO. ¿Una señora?

DAMIANA. ¡Á pedir para (Tartamudeando.) los niños huérfanos y desvalidos!

RICARDO. ¡Es imposible! Y sin embargo, esta joya... Bien: ¿quién era? ¿Quién era esa señora? sunombre... doña Diamiana, ¡pronto su nombre! Responda usted, ¡desventurada!

DAMIANA. Por Dios, (Mas turbada.) señor; mas bajo... que está ahi. (Señalando á la derecha.)

RICARDO. ¡Ah!!

## ESCENA VIII.

DICHOS, ERNESTINA.

EUGENIA. ¡Papá!

ERNEST. (Apareciendo en la puerta.) ¡Dios mio! ¡esa voz!!

RICARDO. ¡Ernestina!

ERNEST. ¡Era él! (Momento de silencio.)

RICARDO. Llévese usted esa niña. (Á Damiana.)

DAMIANA. (¡Dios mio! ¡no sé lo que me pasa!)

RICARDO. ¡Vamos!! (Imperiosamente.)

DAMIANA. Voy. ¡Ven! (Á Eugenia.)

EUGENIA. ¡No quiero irme! (Resistiendo.) ¡no quiero!

DAMIANA. (En voz baja, llevándosela.) Volvemos en seguida... ven.

## ESCENA IX.

ERNESTINA, RICARDO.

RICARDO. Ernestina...

ERNEST. Ni una palabra mas. ¿Qué tiene usted que decirme que ya no sepa? Despues de cinco años de mentira y de ultraje... de cinco años que han pasado sin bastar á comprendernos el uno al otro, todo se explica en fin. Usted vivia feliz... usted podia correr desatentadamente en esa vida loca y disipada que llevabamos, por qué en vez de mis horas de insomnio, de recuerdos y de dolor, disfrutaba usted otras de secreta alegria, de

felicidad egoista, cuyo recuerdo le acompañaba siempre, y le hácia agradable la soledad de nuestro hogar. ¿Qué mas necesitaba usted? Ni para mí, ¿qué mas que esos placeres, esas fiestas y esas falsas alegrias, á las que usted mismo me impulsaba? Y sin embargo, nunca ha comprendido usted que bajo aquellos adornos, que entre aquellas flores se ocultaba comprimido y marchito un corazon lacerado, herido por el dolor, y que aunque lleno de inmensa ternura habia perdido la esperanza de consuelo! No; mi sufrimiento era demasiado grande para que usted pudiese comprenderlo. En cambio... yo lo comprendo todo... lo sé todo al fin, y no me resta mas que una palabra que decir á usted... ¡Adios!... Adios, ¡para siempre! (Váse.)

RICARDO. ¡Ernestina! (Queriendo seguirla al tiempo que sale Jacinto cargado de juguetes.)

## ESCENA X.

RICARDO, JACINTO.

JACINTO. Pues señor, aqui traigo un Polichinela, un coche, una casa de fieras... un... ¡Ah!! ¿Qué es eso, Ricardo? estás trastornado... ¿qué te sucede?

RICARDO. Mi mujer acaba de salir de aqui. Ya lo sabe todo.

JACINTO. ¡Cataplum!! ¡Ya llegó la gorda! (Dejando caer los juguetes.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

La decoracion del acto primero.

## ESCENA PRIMERA.

JACINTO, VICTORIA.

Vienen por el foro muy agitados. El criado que los precede se retira cuando han entrado.

JACINTO. ¡Bueno! (Viendo marchar al criado.) Ahora no anuncia ni alto ni bajo.

VICT. Pues claro es. ¿No ves que no hay nadie?

JACINTO. ¡Ah! es verdad. (Volviéndose.)

VICT. (Vá á la puerta derecha, llama y sale la doncella.) ¿No ha vuelto mi hermana?

ROSALIA. No, señora.

JACINTO. ¿Y el señorito?

ROSALIA. No le he visto tampoco.

VICT. Bien, esperaremos. (Rosalia se retira.)

JACINTO. Eso es, esperaremos. (Á Victoria.) ¡Pero siéntate, hija, y tranquilízate por Dios!

VICT. Ya te lo decia yo. Ernestina se habrá ido á casa de mamá. Es lo natural, y ha hecho bien.

JACINTO. (Dejando el sombrero sobre una mesa.) ¿Pero y Ricardo? En el momento de la catástrofe me separé de él para ir á contártelo todo, á consultarte sobre lo que se deberia

hacer para evitar, si es posible, una desgracia... yo me pensaba que él al menos habria vuelto.

VICT. ¡Ya! No se atreve á entrar en su casa.

JACINTO. ¡Pero vaya una aventura!

VICT. ¡Si; vaya un horror!... ¡Ahí tiene usted lo que son los hombres... los maridos!... ¡Ah, señor don Jacinto!

JACINTO. ¿Cómo señor don Jacinto? ¿Pues qué yo soy asi, por ventura?

VICT. ¡Cómo por ventura, infame!

JACINTO. No, mujer, no interpretes las frases. Quiero decir... ¿acaso soy yo asi?

VICT. Es verdad que no... todavia.

JACINTO. ¿Todavia?

VICT. Ya vendrá más tarde. ¡Quién sabe todo lo que tendrá usted oculto!

JACINTO. Para tí nada, hija mia. (Con sencillez.)

VICT. ¡Calle usted! (Con autoridad.) ¡Quién sabe lo que el dia menos pensado se descubrirá!

JACINTO. ¡Anda, anda! Ahora voy yo á pagar pecados ajenos. Pero Victoria...

VICT. Déjeme usted; todos, todos son ustedes lo mismo.

JACINTO. Te aseguro que no... hay diferencias muy notables. Pero en fin, porque Ricardo tenga un medalloncillo de seis años ó poco mas, ¿has de encontrar tú razon para creer que yo tambien he de poseer alhajas de ese género? ¡Pues hombre, me gusta la consecuencia!

VICT. Usted como los otros, y quién sabe si aun mas.

JACINTO. ¿Mas medallones? Si, un hospicio. ¡Pues hombre! ¡Uy, qué mujeres, qué mujeres!

VICT. ¡Qué hombres, qué hombres! digo yo; y ríase usted, ríase usted... ¡Si supiera usted la confianza que me inspira!

JACINTO. Esta es buena... ¡pero, Victorita, sé razonable, hija!... ¿Qué tengo yo que ver en todo lo que ha pasado? Me enseñan un retrato, me hacen subir una escalera excusada; entro, veo una chica preciosa... viene la otra, y ¡pataplum! ¡Cuadro aterrador! Yo echo á correr... te lo cuento todo... y caten ustedes que pierdo la confianza de mi mujer... ¡Esto es ilógico, hija, absurdo... hasta insénsato!

VICT. ¡Ah! (Llorando.) ¡qué desgraciadas somos las mujeres!

JACINTO. ¡Por el Crucificado, basta de lágrimas y de emociones,

esposita mia!... ¡Si tú te confundes... si no eres tú la desgraciada!... al contrario... ¿quién mas dichosa que tú, Victoria de mi vida?

VICT. ¿Si? ¿Yo soy dichosa? (Con inocencia.)

JACINTO. Pues es claro, mujer... Vamos, cálmate, ¡yo te lo ruego!

VICT. Si... (Volviendo á llorar.) que me calme. . Cuando mi hermana...

JACINTO. Bien, ya trataremos de arreglar eso... ¡Pero cálmate tú! (Victoria llora mas fuerte.) ¡Ay, Victoria! por las once mil... no patalees asi, que te vas á hacer daño en esos piececitos... ¡Vamos! piensa en Florestan.

VICT. ¡Ah! (Calmándose de pronto.)

JACINTO. Si, hija, es preciso no olvidar... aprende de mí, que en medio de las emociones, de los sobresaltos de este dia, no pierdo de vista un momento á mi Florestan ni á su hermana.

VICT. ¿Su hermana?

JACINTO. Si, que vendrá á su tiempo... asi es que desde hace una hora, Ricardo, su medallon, Ernestina, nuestros hijos y la escalerilla excusada, todo se mezcla, se confunde en mi imaginacion. Pero á pesar de esto, mientras veniamos, y sin olvidar el infausto acontecimiento que aqui nos trae, se me ha estado ocurriendo que el vizconde de la Aureola seria un excelente partido para nuestra hija.

VICT. ¿Nuestra hija?

JACINTO. Pues; el vizconde tiene ahora siete años, de modo que la niña tendrá nueve menos que él, y es una proporcion muy razonable. Ya sabes la amistad que me une con la familia.

VICT. ¡Eh! ¡déjame en paz!

JACINTO. ¿Qué, no te parece bien? (Sorprendido.)

VICT. Lo que me parece, es que tiene usted bastante habilidad para cambiar la conversacion, y hacer variar el rumbo á mi pensamiento... á mi pensamiento, que no se ocupa mas que de su infidelidad de usted, de sus desórdenes de soltero.

JACINTO. ¡Vuelta á empezar! Muy bien! ¡todo cae sobre mí! Maldita sea la escalera excusada y cuando yo subí por ella. ¡Uf! ¡me sofoco! ¿Dónde está la botella? Pero Victorita, piensa en mí, y en nombre de nuestros... digo, de

nuestro... ¡Ah! ¡Ernestina! (Viéndola que entra.)

VICT. ¡Mi hermana!

## ESCENA II.

DICHOS, ERNESTINA.

VICT. ¿De dónde vienes? (Corriendo á ella.)

ERNEST. ¿Por qué me lo preguntas?

VICT. ¿Vienes de casa de mamá, no es cierto?

ERNEST. ¡Ah! ¿es decir que tú sabes?...

VICT. Lo sé todo, mi marido me lo ha contado...

ERNEST. ¿Él sabia?... Es natural! los hombres...

VICT. Eso digo yo... los hombres...

JACINTO. ¡Dale! ¡dale!

ERNEST. Pues bien, si, vengo de casa de mi buena madre, á cuyo lado volveré dentro de un instante para no separarme ya nunca de ella! (Se sienta en un sillon y deja caer la cabeza entre sus manos.)

JACINTO. (Imitando el ruido de un cohete.) ¡Feist! ¡Pum! ¡Ya estalló la bomba! ¡Luego dicen que los hombres! Pues digo, las señoras mujeres... (Pero, dila...) (Ap. á Victoria.)

VICT. (Si, señor, qué la diré.) (Severamente.) Tienes razon, (Á su hermana.) y haces muy bien.

JACINTO. (Estallando.) ¿Cómo que tiene razon? ¿Cómo que hace bien?

VICT. Lo dicho.

JAGINTO. (Á Victoria.) ¿Y es á esto á lo que hemos venido? ¿Es este el modo que tú tienes de intervenir y tratar de arreglar el asunto?

VICU. Yo digo lo que me parece.

JACINTO. Pero, desgraciada, las doctrinas que proclamas son antisociales, y con ellas alientas, estimulas, y apruebas el completo trastorno del órden moral de la familia!

VICT. Quien cometió la culpa, que pague la pena

JACINTO. ¿Pero, quién la paga ahí, desventurada? ¿No será Ernestina, destruyendo con un paso imprudente toda una vida de armonia y felicidad? ¿Que él será el castigado? Lo será ciertamente, porque ama á su mujer. Pero supongamos que no la amase, ¿quién sufriria entonces la pena... él disfrutando de su albedrio y libre de una cadena enojosa, ó ella entregada por su imprudencia á

la murmuracion y la calumnia?

VICT. De modo que aun teniendo razon...

JACINTO. Aun teniendo razon, la mujer virtuosa y de talento, no debe castigar á su marido con un escándalo, sino procurar atraerle al buen camino con cordura y amor.

VICT. ¡Ah! ¡eso es lo que ustedes quieren! ¡Eso! ¡Infames!!

JACINTO. ¡No, yo no quiero nada! Pero es que lo principal del caso no es esto. Lo principal es que tú dices que tiene razon.

VICT. Si.

JACINTO. ¡Pues no! no señor: no la tiene. Siéntate, hija, que ya hace mucho rato que estás de pié. (La hace sentar en un sillon, y él se sienta en medio de las dos.) Y no solo digo que no tiene razon, sino que sostengo, insisto y pruebo que en lo hecho, ha hecho mal, cien veces mal. (Exaltándose por grados.) ¡Qué! porque un hombre que se halla como se hallaba Ricardo entonces, y como yo me he hallado, jóven, rico, buen mozo y soltero...

VICT. ¡Ah! ¡ya confiesas! (Levantándose.)

JACINTO. ¡No, yo no confieso nada! (Lo mismo.) Pero estáte sentada, muchacha. Porque en fin, hace siete años, él no era tu marido aun... Ni te conocia siquiera... jamás habia puesto los pies en casa de mamá... No tenia ninguna consideracion que guardarte... ¡lo mismo que yo!... Yo tampoco en ese tiempo tenia ninguna consideracion que guardar á...

VICT. ¡Qué cinismo!

JACINTO. ¡Cinismo! Lo que tú quieras será; pero el caso es que con estos antecedentes hoy apareces una pobre inocente... un ángel... que despues de todo es un ángel sacrificado en tus aras... y sin mas razon que tu ceguedad se trueca para tí en un monstruo, en un objeto de horror y de odio! (Ernestina hace con movimiento para hablar. Victoria se levanta. Jacinto se levanta tambien, impone silencio con un gesto á Ernestina, hace sentar á Victoria y continua.) Si; en un monstruo, cuya vida constituye segun tú una acusacion tremenda, un crimen de tu marido... ¿y qué sacamos en limpio de todo esto?... Que por esa falsa acusacion, por ese crimen imaginario quieres vengarte de Ricardo, separarte de él, de él, que te ama mil veces mas que á su hija? ¿Y luego dirán ustedes que tienen juicio y talento y razon... ¿Es esta la prueba? Pues sepa usted, señora cuñada, que lo que usted hace es

muy mal hecho, y que no se le ocurriria ni al ser mas tonto de los que llevan pantolones... digo, no, que ustedes tambien los usan... de los que gastan bigote... He dicho,

VICT. (Levantándose y acercándose á Jacinto.) ¿Has acabado tu sermon?

JACINTO. Si; ahora el rosario.

VICT. Pues te has lucido. ¿Quién te hablaba de todo eso? ¿Es acaso esa niña la causa de su dolor? ¿de su desconsuelo?

JACINTO. ¡Cómo!

VICT. ¿Acaso acusa á su marido por eso?

JACINTO. ¿Pues entonces por qué?

VICT. Porque... ¿eh?... ¡aun no comprendes nada! Ahora me toca á mi decirte... ¡Esos son los hombres!

JACINTO. Si, ¿eh?... Pues, señor, no entiendo.

VICT. ¿Esa pobre niña? ¡Oh! ¡no! No es ella la causa de su martirio. (Ernestina hace un movimiento.) No necesitas decirme nada, hermana mia... yo lo comprendo todo porque por mi corazon juzgo el tuyo... y sé muy bien que experimentas lo que yo sentiria en tu caso.

ERNEST. ¡Victoria!

VICT. Si, caballero; (Á su marido.) el dia que yo, como ella, descubra la prueba de sus pasados desórdenes...

JACINTO. ¡Todavia!...

VICT. Sea hoy, mañana, dentro de diez años, no importa el cuando...

JACINTO. ¡Anda, anda!

VICT. Yo le perdonaré á usted, caballero; hago mas, le perdono á usted desde ahora.

JACINTO. Muchas gracias; pero no hay necesidad...

VICT. Pero esta niña, señor mio... ¡esta niña tiene una madre!

ERNEST. ¡Cállate! (Vivamente )

JACINTO. ¿Pero qué es lo que dices?

VICT. ¡Calle usted! una madre á quien se ha amado, á quien se ama todavia sin duda.

ERNEST. ¡Victoria! ¡por piedad, cállate!

JACINTO. Pero...

VICT. ¡Calle usted! (Interrumpiéndole.) Ahí tiene usted, caballero, ahí tiene usted lo que la desespera!

ERNEST. ¡Oh!

VICT. Lo que la destroza el corazon... ¡lo que no perdonará

jamás! ¡ni yo tampoco!

JACINTO. Pero...

VICT. ¡Calle usted!

JACINTO. Pues, señor, no quiero callar, no, y no, y no. Ustedes son dos, y yo no soy mas que uno; pero la superioridad de las fuerzas no me hace capitular. Cuando con una palabra, una sola... yo puedo...

VICT. ¿Qué?

JACINTO. ¡Confundirte, anonadarte, y á ella tambien!

ERNEST. ¡Oh! ¿qué quieres decir?

VICT. ¡Habla, vamos!

JACINTO. ¡Ya! ¿ahora no me mandas que calle?

ERNEST. ¡Jacinto, por Dios!

JACINTO. Pues bien, respóndeme. Esa inocente niña ¿no ha corrido á tus brazos en cuanto te vió en su casa? ¿No te ha llamado mamá? ¿Eh? ¿Es esto verdad ó no? Ya veis que estoy bien enterado de todo lo ocurrido... aquella buena vieja nos ha puesto al corriente. (Al movimiento de las dos prosigue.) ¿Y qué? Cuando siendo para ella desconocida completamente, cuando la primera vez que te vé se arroja á tí y te toma por su madre, ¿tú nada has comprendido? ¿Nada has adivinado?

LAS DOS. Pero...

JACINTO. Vaya, tendré yo que decirlo todo, ya que tú has tenido tan poca penetracion. Esto se explica diciéndote que aquella pobre niña no ha podido nunca dar á nadie el dulce nombre que te dió á tí, que esperaba todos los dias y á cada instante que llegase una madre que no puede venir nunca, una madre á quien no ha conocido y á quien no conocerá jamás!

ERNEST. ¡Qué oigo!

VICT. ¡Dios mio!

JACINTO. ¡Esa madre que está en el cielo, y á quien tú parecias destinada á suplir, la pierde segunda vez con tu imprudente determinacion!

ERNEST. ¿Cómo? ¿Qué dices, Jacinto? ¿Su madre ha muerto?...

JACINTO. Hace seis años, al dar á luz á su hija.

VICT. ¡Ya!

JACINTO. ¿Y dónde ven ustedes ahora la traicion, el crímen del desdichado Ricardo? Sin duda que ha hecho mal en ocultarte... pero él tendria sus razones... Y tú deberias haber sido mas generosa.

ERNEST. ¡Ricardo! ¡Esposo mio! ¡Qué ciega, qué ciega he sido!

VICT. ¡Y yo tambien!

JACINTO. Eso es; pero por fortuna aqui teneis el lazarillo.

VICT. ¿Ves cómo yo habia adivinado su pensamiento? (Á Jacinto.)

JACINTO. Si. No hay como las mujeres para comprenderse unas á otras.

ERNEST. Es verdad... Esta sospecha, esta idea de que yo no me atrevia á darme cuenta á mí misma, es la que me ha extraviado, es la que me ha hecho pronunciar palabras que jamás debieron haber salido de mi boca. Ricardo... ¿En dónde está? Yo quiero verle... yo quiero decirle... ¡Dios mio! no sé lo que le diré; pero es preciso que yo le vuelva á ver, que me perdone!... Ven, hermana mia... tal vez esté allí todavia...

JACINTO. Si, allí le dejé yo... al lado de su hija.

ERNEST. Corramos.

VICT. Si, si; yo te acompañaré. Abajo está mi coche... ¡vamos!... ¡Adios! (Á su marido.)

JACINTO. ¿Cómo adios? ¿Pues qué no he de ir yo tambien? Esperad... (Buscando su sombrero.)

VICT. No es necesario; aqui volveremos á buscarte.

ERENST. Ven, ven. (Salen rápidamente por el foro.)

## ESCENA III.

JACINTO, á poco RICARDO.

JACINTO. Pero escuchad, hijas... ¡y se lleva á mi mujer! ¡De seguro que van á mandar al cochero que vaya á escape! ¿Pero dónde demonios he puesto el sombrero?... ¡Ay, Dios mio! ¡mi caballo, que corre como un desesperado! (Corre á la ventana.) ¡Dicho y hecho! ¡ya marchan! ¿Qué decia yo?... ¡Eh! ¡Juan!... ¡desventurado, no corras tanto, no ostigues á Muley-Abbas... déjale que trote y nada mas! ¡Anda, ya no me oyen... ya estan lejos!... ¡Pero, señor!... ¿Dónde he dejado mi sombrero? ¡Unas calles tan mal empedradas!... ¡Ah! corramos. (Viendo á Ricardo que entra.) ¡Calla! ¿eres tú?... Tu mujer acaba de subir á mi berlina con Victoria: ¿no la has visto?

RICARDO. Si: he visto á Victoria, que me ha conocido sin duda; pero el carruaje ha continuado su camino.

JACINTO. Pues no lo entiendo; porque iban en busca tuya... á menos que .. (Ruido de coche.) pero sí, ya estan de vuelta. Mira la berlina. ¡Tu mujer baja!... (Desde la ventana.) ya entra en el portal. ¡Eh! ¿qué significa esto? Vuelve á cerrar la portezuela... (Ruido de coche.) ¡El coche se marcha llevándose á mi mujer! ¿Cómo se entiende? ¡Juan! ¡Juan! ¿eh? ¡Juan!!

## ESCENA IV.

DICHOS, ERNESTINA.

RICARDO. ¡Ella! (Viéndola entrar.)

JACINTO. Pero estás empecatada, (Á Ernestina.) criatura. ¡Dejar á Victoria que se vaya sola! Corro tras de la berlina á ver si la alcanzo. ¡Adios! ¡adios! (Sale corriendo por el foro, Ernestina sin pronunciar una palabra corre á echarse en los brazos de Ricardo. Quiere hablar y las lágrimas se lo impiden. Ricardo con dulzura.).

RICARDO. Vamos, Ernestina, ¡cálmate! Siéntate ahí, cerca de mí... (La hace sentar y él á su lado.) abrázame, y deja correr tus lágrimas; el llanto alivia y consuela.... Ahora, escúchame: Debo hablarte... como un amigo al menos, si es que he perdido el derecho de hablarte con otro título.

ERNEST. ¡Oh! no, ¡no! Yo no merezco tu indulgencia... Yo que me he atrevido á dirigirte palabras que...

RICARDO. ¡Qué yo he olvidado! Que no he oido. Las primeras palabras pronunciadas entre nosotros desde esta mañana, son las que te suplico que escuches. (Cogiéndola la mano.) Esposa mia, soy culpable... muy culpable para contigo.

ERNEST. ¡Oh!

RICARDO. Si; yo no debí engañarte reservándote un secreto que te pertenecia como á mí. Tuve poca confianza... ó mejor dicho, ¡tuve poco valor! ¿Qué quieres? te amaba tanto, que temí que esta revelacion no fuese para tí, ó al menos para tu familia, un obstáculo á nuestra union, tan ardientemente deseada... y mas tarde cuando esta se verificó y ya eras mia... tuve miedo tambien á una confesion tardia que hubiese podido trastornar quizá para siempre, aquella vida tan dulce que llevá-

bamos... Á poco tiempo un golpe terrible vino á convertir en azorosas y tristes nuestras horas dichosas! ¿Hubiese yo podido venir á decirte entonces sufre y llora resignada, que yo al menos tengo aqui un consuelo para mi pena? Sé que callártelo era un egoismo, pero hablar hubiese sido una crueldad. Asi han pasado cinco años, y llegado este momento, no trato de justificarme, Ernestina; por el contrario me acuso, y pido perdon por la falta cometida.

ERNEST. ¡Ricardo!

RICARDO. Si; yo no debí callar... fuí un cobarde, ¡y soy culpable!

ERNEST. ¡Ricardo!

RICARDO. Escúcheme aun... Desde esta mañana he reflexionado, he pensado mucho en nuestra posicion, y quiero que conozcas todo cuanto por mi imaginacion ha pasado. Vas á juzgar mis pensamientos, á condenarlos tal vez... no importa; Dios me ha impuesto los deberes de padre; para todo hombre honrado estos deberes son una obligacion sagrada; yo no faltaré jamás á ella... la cumpliré hasta el fin. Cuanto me sea dable hacer para asegurar el porvenir y la dicha de esa niña, lo haré; mi solicitud por ella no se desmentirá jamás, ni conocerá límites: cuantos trabajos é inquietudes deba sufrir para conseguirlo los sufriré gustoso y resignado... Pero al lado de estos deberes, que estoy resuelto á cumplir, hay otra cosa, si, Ernestina, otra cosa que tampoco quiero ocultarte; hay alegrias indefinibles, hay una felicidad inmensa... esta ha sido hasta hoy mi consuelo, mi recompensa tal vez... (Ernestina le mira y él continúa con emocion.) á esto, si, puedo renunciar. Si esta dicha de que yo solo participo, ha de turbar en adelante la paz y la tranquilidad de mi hogar... Si las caricias prodigadas á mi hija han de parecer un robo hecho á mi mujer, si cada minuto de ausencia ha de costarte un suspiro, un sentimiento, una lágrima... (Su voz se altera y continúa con dolor.) Yo me separaré de esa niña... ¡no le volveré á ver mas!

ERNEST. ¡Ricardo! ¡Ricardo mio!! ¡ Corazon noble y generoso! ¿Quién mas digno que tú de ser amado? ¿Quién más digno que tú de ser querido? ¡Ah! bien te habia yo adivinado, y no me arrepiento ya de lo que he hecho;

RICARDO. ¡Cómo, qué has hecho?

ERNEST. Ahora lo sabrás. (Se levanta enjugándose las lágrimas y tira del cordon de la campanilla.)

## ESCENA VIII.

DICHOS, un CRIADO.

CRIADO. ¿Señora?

ERNEST. ¿Ha vuelto ya mi hermana?

CRIADO. (Bajo á Ernestina.) En este momento: allí estan. (Señalando la puerta derecha.)

ERNEST. Bien, basta. (Interrumpiéndole.)

CRIADO. La comida está servida.

RICARDO. Bueno, vete.

ERNEST. (Ricardo, (Ap. á su marido.) ¿qué pensarán? Creerian que estamos enfadados!) Está bien, Antonio, (Al Criado.) Que nos sirvan, pero aqui; en este gabinete. Vé, Antonio.

RICARDO. ¿En este gabinete?

ERNEST. Si, es un capricho. ¿Quieres perdonármele?

RICARDO. ¡Ya la creo! ¿Pero no podré saber?... Y te prevengo que (Los criados traen la mesa servida para tres personas.) no tengo gana ninguna.

ERNEST. Bueno, no comerás. Nos harás compañia. (Á los criados.) Ya os podeis marchar, llamaremos.

RICARDO. Nos... ¡Ah! (Reparando la mesa.) vá á comer Victoria con nosotros?

ERNEST. No.

RICARDO. ¿Pues quién? ¿su marido?

ERNEST. ¡Tampoco!

RICARDO. ¿Entonces, para qué son tres cubiertos?...

ERNEST. Mira, este (El del costado derecho) es tu asiento... este (El id. de izquierda.) el mio... para siempre.

RICARDO. ¿Y el tercero?

ERNEST. Tengo necesidad de decirte que este sitio es el de nuestra hija?

RICARDO. ¿Cómo? (Ernestina corre á la puerta derecha, la abre y sale Victoria y Eugenia, que corre á sus brazos. Ricardo en el colmo de la alegria.)

## ESCENA VI.

DICHOS, EUGENIA, VICTORIA.

EUGENIA. ¡Mamá!!
ERNEST. ¡Hija mia!! Ricardo... (Llevándola á los brazos de su padre.)
RICARDO. ¡Ernestina!
ERNEST. ¡Ah! ¡Ya soy dichosa! ¡Soy madre!! (Besando á Eugenia y colocándola en el asiento de frente.)
RICARDO. ¡Qué buena! ¡Qué buena eres!
ERNEST. ¿Y ahora, comerás. (Haciéndole sentar en su sitio y ocupando el suyo.)

## ESCENA VII.

DICHOS, JACINTO.

JACINTO. ¡A!! ¡Al fin te encuentro! ¡Uf!! (Sofocado, á su mujer y limpiándose el sudor.)
VICT. ¡Dios mio! ¿Qué te pasa?
JACINTO. ¡Ouf! (Sentándose.) ¡Quién se habrá visto en el mundo obligado á correr como yo, detrás de su propio carruage! ¡Ouf!! ¡No quiero mas caballos ingleses! desde mañana no se engancha en tu cupé mas que la jaca gallega de la noria.
RICARDO. ¡Já! ¡já!
JACINTO. ¡Calla! (Viéndole.)
RIGARDO. Ya ves.
JACINTO. ¿Conque?... ¡Bien! ¡vitor! ¡Déjame que te (Á Ernestina.) abrace! ¡eres un ángel!... ¡y mi mujer tambien es otro ángel! y yo tambien soy otro... digo, no, ¡yo no! ¡esta, esta! (Besando á Eugenia y mirándola con sentimiento.) ¡Qué lástima!
TODOS. ¿Qué?
JACINTO. ¡Qué será muy grande para Florestan!

FIN DE LA COMEDIA.

*Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.*
*Madrid 1.° de Setiembre de 1863.*

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

3 0112 117464708